

¿QUÉ BUSCAS?

*Apuntes de la intervención de Julián Carrón
en la Jornada de Apertura de curso de Gioventù Studentesca
Milán, 12 octubre 2014*

© Società Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo
Via Porpora, 127 – 20131 Milán.
Tracce-Litterae Communionis
Director: Davide Perillo
© Fraternità di Comunione e Liberazione
para los textos de Julián Carrón y Luigi Giussani

Julián Carrón. Cada uno de nosotros vuelve a retomar cada mañana el camino de la vida con todo lo que bulle dentro de nosotros según nos despertamos: desde el malestar a la preocupación por los quehaceres que nos esperan durante el día. Pero hay algo que nos precede, hay Uno que ya ha pensado en nosotros antes de que nos despertáramos, y que se dirige a nuestro “yo” tal como es, con todas las preocupaciones que tiene, con todo lo que se mueve dentro de él para decirle: «No estás solo». Uno que nos hace el mismo anuncio que escuchó aquella joven en Nazaret hace dos mil años. Y, al igual que entonces, cada uno de nosotros está ante este anuncio.

Ángelus

Alberto Bonfanti. Buenos días a todos los que estáis aquí presentes y a todos los amigos conectados desde otros lugares de Italia y desde el extranjero. «La única alegría en el mundo es comenzar. Es bello vivir, porque vivir es comenzar, siempre, en cada instante. Cuando falta este sentido –prisión, enfermedad, costumbre, estupidez– uno querría morir». Esta frase de Cesare Pavese sirve sobre todo para quien está al comienzo del camino, cuando cada fibra de nuestro ser grita el deseo de vivir y de ser felices». Esta frase, que nuestro amigo Julián –al que agradecemos que esté de nuevo con nosotros este año– ha escrito al comienzo de su Prefacio al libro que reúne las contribuciones que vosotros y vuestros compañeros nos habéis enviado en estos tres años para preparar este momento de comienzo de curso y el Triduo de Pascua (*La vita è mia, irriducibilmente mia*, a cura di G. Mereghetti, Piccola Casa Edi-

trice, S. Giuliano Milanese-MI 2014, p. 7), expresa muy bien la razón de que nos encontremos aquí de nuevo esta mañana. No estamos aquí por un rito, sino porque queremos deciros, volver a deciros, testimoniaros a nosotros y al mundo entero la alegría de comenzar, el gusto por caminar. Al leer vuestras contribuciones, siempre sinceras y leales, me ha impresionado notablemente que muchos de vosotros manifestáis este deseo que os ha movido al comenzar la escuela, como escribe Marta: «Nunca antes había tenido el deseo de que empezara el curso. No solamente tenía ganas de volver a ver a mis amigos, sino también de estudiar y de empezar temas nuevos, de tener responsabilidades y deberes. Quería descubrir todo, conocer todo, estaba ansiosa por estudiar y comprender. El primer día de escuela fue fantástico: me encontré con mis compañeros de clase, a los que quiero, con los profesores que me importan, y ellos nos explicaron lo que haríamos durante el curso. Mientras enumeraban los temas, me sorprendí pensando: ¡cuánta belleza nos espera! Incluso las asignaturas que siempre he odiado ahora me resultan fascinantes, porque me he dado cuenta de que todo habla de mí. He decidido decir siempre que sí a las circunstancias y seguir esa intuición de bien que he visto, y que no depende de la situación en la que me encuentre, sino de mi relación con la realidad y con el infinito. Deseo seguir viendo este bien también en la escuela, como me está pasando estos días, y todas las noches me sorprende al ver que el destino vuelve a hacerlo suceder durante el día. Me siento amada y parte fundamental de algo grande».

Esta alegría que vosotros comunicáis es el fruto de la experiencia positiva que habéis hecho durante el curso pasado, durante el verano, durante las vacaciones de bachilleres, en el Meeting. Esta alegría es espera de algo nuevo, de que suceda algo distinto en nuestra vida, esta espera que manifiestan claramente los pequeños el primer día de escuela. Y algunos de vosotros, en las contribuciones que habéis mandado, habéis mostrado todo lo que ha generado esta alegría el primer mes de escuela, desde el manifiesto distribuido en Milán sobre los sucesos de Irak, las distintas iniciativas nacidas en toda Italia, en particular en Sicilia, la búsqueda de la verdad de uno mismo ante un problema de matemáticas, como cuenta un chaval de Rímìni, ante una

clase sobre Manzoni, o ante el hecho de juntarse con un compañero a hacer una lista para el Consejo de Instituto que lleva un título significativo: «Realista». Esta alegría nace de la experiencia de que seguir a otro corresponde, de que la regla de la vida es seguir lo que nos fascina, como nos dijo José Medina en el Triduo de este año.

Pero esta alegría, como documentan muchos otros y como podemos ver en nosotros, decae con frecuencia. Escribe Maria Giulia: «Después de unas dos semanas, la fascinación de esta experiencia ha empezado a desaparecer, día tras día, hasta tal punto que me preguntaba qué sentido tenía haber sido feliz por un determinado periodo, si luego en mi vida cotidiana no podía serlo. Ayer encontré en un artículo esta frase que describe a la perfección mi pregunta: el paraíso, ¿se manifiesta en instantes de plenitud aislados y fugaces o en algo duradero y estable? Con el comienzo de la escuela esta pregunta está cada vez más presente y me apremia sin cesar. ¿Debo resignarme a la opacidad de lo cotidiano o hay algo más?». Otro pregunta: «¿Cómo es posible vivir lo extraordinario dentro de lo ordinario?». Entonces, Julián, te preguntamos: ¿qué es lo que permite permanecer en esta alegría? ¿Qué hace que nuestra persona esté unida, de modo que podamos vivir todo lo que se nos da con plenitud y con gusto, sin rendirnos ante la opacidad de lo cotidiano?

JULIÁN CARRÓN

LA ILÓGICA ALEGRÍA

Buenos días a todos. Esta mañana, mientras remoloneaba un poco en la cama, he pensado en vosotros y después de haber leído vuestras preguntas y contribuciones os he sentido como compañeros de camino. Me preguntaba: ¿cómo estarán? ¿Se habrán levantado esperando algo? Y me decía a mí mismo: ¿qué es lo que me une a ellos? ¿Qué me une a cada uno de vosotros? Me une la misma espera, que compartimos con todos, de algo tan significativo que haga que la vida esté llena de esa alegría, de ese sentido que todos necesitamos. Es la misma espe-

ra que experimentaron aquellos dos que fueron detrás de uno que les había llenado de curiosidad, y del que escucharon esa pregunta con la que todos hemos llegado aquí esta mañana: «¿Qué buscáis?». Y he experimentado una gran ternura por cada uno de vosotros al pensar: ¿cuál será el punto del camino en el que está cada uno? ¿Qué preocupaciones tendrán? ¿Con qué expectativa vienen a la Jornada de Apertura? Cómo me gustaría abrazaros a cada uno en este momento en el que, por muchos motivos, cada uno percibe en sí la tensión por buscar algo, todavía a tientas en muchos momentos, y comunicaros la misma pasión por vuestra vida que experimentaron aquellos dos al sentirse mirados por aquel desconocido, porque es lo que cada uno de nosotros busca, más o menos conscientemente, como escribe Liviana: «Yo también quiero preguntarme: ¿qué busco, qué deseo de verdad al comenzar de nuevo el curso?, ¿qué me sorprenderé buscando al comenzar el día y los quehaceres normales de la vida? Lo primero de todo es que yo siempre busco esa mirada que he experimentado mil veces y que no puedo hacer como si no hubiera existido, porque sin ella no estoy completa». Es la pregunta que todos, de un modo u otro, llevamos dentro: ¿qué buscamos? Dice Bianca: «Es la pregunta que me ha “perseguido” todo el verano y me “persigue” cada vez más según pasan los días».

Pero, ¿por qué buscamos esta mirada? Porque percibimos en nosotros, casi a pesar de nosotros mismos, este deseo, esta espera, esta necesidad, porque la necesitamos para ser nosotros mismos. Por eso me ha impresionado mucho una frase que un amigo me enseñó este verano, tomada de una canción de Francesco Guccini: «Cuando tú no estás, yo no soy» (*Vorrei*, letra y música de F. Guccini). Me preguntaba: ¿de quién podemos decir esto? ¿De quién lo podemos decir *ahora*? Me doy cuenta de qué es esencial para mí porque cuando me falta, yo no soy yo, y esto se ve porque «me quedo solo con mis pensamientos», como continúa Guccini en su canción. Y me doy cuenta también de que eso que es esencial debe estar presente ahora. No es suficiente con que haya estado presente en el pasado, no es suficiente con desearlo para el futuro. Si no está presente ahora, yo no soy yo. Creo que no hay otro criterio más que este para reconocer lo que es esencial para vivir, a lo que el Papa nos invitaba en su Mensaje al Meeting de Rímini: una

presencia que me hace existir; y lo reconozco porque, cuando falta esta presencia, yo no soy, no soy yo. Prestad atención, porque no es un problema de coherencia en primer lugar, sino una cuestión de pertenencia a una presencia sin la cual no puedo ser yo. Entonces, la cuestión de la vida, amigos, la aventura de la vida es responder, es descubrir qué es lo que me hace ser —¡ser, ahora!—, en esta situación histórica en la que vivimos. ¿Qué me hace ser yo mismo y me hace estar aquí, ahora, presente en lo que vivo? Es lo que nos testimonia una canción de Giorgio Gaber que escuchamos ahora.

L'illogica allegria (letra de A. Luporini, música de G. Gaber)

¿Qué nos hace ser? Nada puede impedir que hagamos en nuestra vida la misma experiencia que hizo Gaber. Puedo estar «solo», en cualquier sitio, «por la autopista», a cualquier hora, «a primera hora de la mañana», sabiendo que «todo se echa a perder», pero todo esto no puede impedir que me suceda esto: «puede ser suficiente algo insignificante / tal vez un pequeño destello / un aire ya conocido / un paisaje [...]. // Y estoy bien». Basta que la realidad, cualquier instante de realidad, casi algo insignificante, entre en el horizonte de nuestro “yo” a través de una circunstancia cualquiera, para despertar nuestra persona y hacer posible la experiencia de este bien. Un bien tan sorprendente que casi no nos lo creemos, que parece un sueño; es tan desproporcionado el bien que experimentamos comparado con lo que hemos hecho que casi nos da «vergüenza» sentirnos tan bien. Pero se impone una evidencia: no puedo negar que «estoy bien / justo ahora, justo aquí». Es como si Gaber se excusase: «No es culpa mía / si me sucede esto», al encontrarse ante su sorpresa. Lo siento, no es culpa mía si me sucede esto. Es como si la realidad, un instante antes de que podamos defendernos de ella, de que podamos levantar un muro contra ella, consiguiese penetrar en el “yo” para hacerle ser él mismo, «justo ahora, justo aquí». Y, ¿cómo vemos que la realidad ha entrado en nuestro “yo”? Porque siento en mí una «ilógica alegría». Y, ¿por qué la define como «ilógica»? Porque es como si lo que sucede no respondiese a ninguna lógica, como si uno se quedase descolocado. De

hecho, parece completamente desproporcionado que «algo insignificante / tal vez un pequeño destello / un aire ya conocido», pueda traer esta alegría a la vida. «Una ilógica alegría / cuyo motivo desconozco / no sé lo que es». No puedo negarla, porque la percibo en mí, pero desconozco el motivo, pues es tan real como misteriosa. Porque si no fuese real no podría suceder lo que dice Gaber a continuación: «Es como si de pronto me hubiese tomado la libertad de vivir en el presente». Entra algo en la vida que me hace estar presente en el presente, «justo ahora, justo aquí». Algo que parece nada me hace ser de tal modo yo mismo que me permite estar presente en lo que estoy viviendo. Cuando esta presencia está, me siento unido, presente. Esa intuición de bien de la que hablaba Marta no depende de la situación en la que me encuentro, sino de mi relación con la realidad y con el Infinito que habita en ella.

Amigos, es difícil encontrar una canción que exprese mejor el significado del capítulo décimo de *El sentido religioso*, que documente mejor el ejemplo que pone don Giussani en él: si cada uno de nosotros, con la edad que tiene, abriese los ojos por primera vez, como si naciese en este momento pero con la edad de ahora, ¿cuál sería la primerísima reacción ante la presencia de la realidad? Estaríamos dominados por el asombro, por lo imponente que es la presencia de las cosas. Nos quedaríamos sin palabras. Como me contaba una vez un amigo brasileño que había llevado a Italia, a unas vacaciones de universitarios, a un grupo de chicos de Brasil. Había también algunos amigos de Mozambique. Un día les llevó a ver el Mont Blanc. Por el camino todos iban hablando, bromeando, y este amigo iba discutiendo qué podría hacer para que cuando estuvieran ante el Mont Blanc hicieran silencio y pudiera introducirles en la belleza. Pero él fue el primero en sorprenderse al ver que, en cuanto llegó el primer grupo, se quedaron todos en silencio, sin palabras, ante el espectáculo de la belleza. Mientras, el grupo que venía detrás seguía charlando, haciendo ruido, y mi amigo pensaba de nuevo: «Cuando lleguen les diré que...». Pero no tuvo que hacer nada, porque también este segundo grupo se quedó en silencio, y todos se sintieron contentos y agradecidos. Es justamente la experiencia que describe Giussani en el capítulo décimo: el “yo”, al darse cuenta de la presen-

cia inexorable de la realidad, «despertado por la presencia de las cosas [aquellos chicos subían a la montaña distraídos], por la atracción que ejercen y el estupor que provocan, se llena de gratitud y alegría» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 151). Es la «ilógica alegría» de la que habla Gaber, hasta el punto de que prevalece sobre todas nuestras preocupaciones. En cuanto aparece, yo puedo ser yo; si tú no estás, yo no soy, pero en cuanto aparece soy por completo yo mismo, como no había sucedido antes, mientras iba por el camino distraído, con mis pensamientos.

¿Quién no desea esto, sea cual sea la situación en la que se encuentra, piense lo que piense de la vida y de cómo tenga que cumplirse? ¿Quién no desea esto cada mañana, cada instante? Un instante de plenitud del que uno se sorprende, como estoy seguro de que también vosotros habéis experimentado, porque es humano, es sencillo. En esa experiencia sencillísima, elemental, al alcance de cualquiera, en cualquier lugar, en cualquier momento, en cualquier circunstancia, ahí –¡ahí, amigos!– está contenido el método de la vida. Una presencia que me hace ser. Ningún esfuerzo mío es capaz de darme lo que me da ese instante de plenitud. Por ello, no existe otro criterio para reconocer lo esencial. Se ve que algo es esencial porque me hace ser, de tal modo que, cuando falta, no soy yo mismo, ¡no puedo serlo! En cuanto aparece vuelvo a ser yo, y estoy contento, experimento una «ilógica alegría», «justo ahora, justo aquí», que me hace capaz de vivir el presente.

En cambio, cuando no prevalece este método, ¡qué amargura experimento! «Qué amargura, amor mío / ver las cosas como las veo yo [no es que cambie la realidad, la realidad está siempre ante nosotros, lo que cambia es el modo de vivir, “ver las cosas como las veo yo”] [...]. // Qué desilusión [...] / vivir la vida con este corazón [tantas veces encogido]», viendo que todo se escapa entre las manos. Cantamos *Amare ancora* (música y letra de C. Chieffo).

Amare ancora

¿Habéis podido evitar sentir un escalofrío al cantar «qué amargura»,

«qué desilusión», cuando vemos las cosas como las miramos habitualmente, cuando, en lugar de asombrarnos ante la realidad, prevalece la amargura y la desilusión por «ver las cosas como las veo yo»? Al mismo tiempo, qué liberación cantar lo fácil que es vencer esta desilusión: «Bastaría solo volver a ser como niños y recordar... // Y recordar que todo nos es dado, / que todo es nuevo y está liberado». La vida es fácil. Basta dejarse tocar y asombrar por esa realidad que se nos da. Bastaría comprender lo que don Giussani nos recuerda en ese capítulo décimo, es decir, que nuestra primera actividad es una «pasividad», es acoger, es recibir, es reconocer que todo nos es dado. Porque basta un destello para poder decir que algo se nos da. No se necesita nada especialmente excepcional, no se necesita estar cada mañana frente al Mont Blanc. Basta con un «pequeño destello», «por la autopista», en cualquier momento, porque cualquier cosa, incluso la más pequeña, documenta que existe algo distinto de nosotros. «Este es nuestro método», dice don Giussani en el último libro del Equipe de los universitarios, *In cammino*, «para clarificar el problema del hombre como ser religioso —que es el problema más profundo y totalizante del hombre—: ante todo, es necesario que se convierta en experiencia personal la relación entre el hombre y la realidad en cuanto que es originada» (*In cammino, 1992-1998*, BUR, Milano 2014, p. 316), es decir, en cuanto que nos es dada.

El verdadero desafío que tenemos todos delante, mayores y pequeños, es el mismo: ¿cuál es la verdadera relación con la realidad? Porque si no aprendemos esto, en lugar de esa «ilógica alegría», lo que prevalece muchas veces es: «Qué amargura, qué desilusión». ¿Cuál es la diferencia? La diferencia no es que la realidad sea distinta, porque la realidad es la misma para cada uno de nosotros. La diferencia es cómo vivimos esta realidad, nuestra relación con la realidad. Por eso dice don Giussani que este es «el problema más profundo y totalizante del hombre». No creo que haya nada más decisivo que aprender esto. Porque si no lo aprendemos, nos encontramos ante el desafío que hemos escuchado antes; todos hemos tenido esta experiencia en ciertos momentos excepcionales, pero después decae: «Después de unas dos semanas, la fascinación de esta experiencia ha empezado a desaparecer, día tras día, hasta tal punto que me preguntaba qué sentido

tenía haber sido feliz por un determinado periodo, si luego en mi vida cotidiana no podía serlo [...]. ¿Debo resignarme a la opacidad de lo cotidiano o hay algo más?». O, por usar las palabras de don Giussani, ¿cómo hacer que se convierta en experiencia personal estable la relación entre el hombre y la realidad en cuanto que es originada, en cuanto que es dada?

EL CAMINO PARA HACER UNA EXPERIENCIA

Aquí se plantea el problema del camino, porque estos momentos excepcionales los hemos tenido y los tenemos también ahora, pero luego nos preguntamos si en el día a día tenemos que resignarnos a la opacidad, como si no supiésemos cómo vivir ese momento inicial de modo estable. Si no hacemos un camino, podemos, incluso después de momentos excepcionales, volver a la rutina cotidiana, y todo puede volverse otra vez plano, reducido, insostenible. Estamos aquí, amigos, para hacer este camino, porque hemos conocido a alguien que nos ha propuesto un camino, y para sostenernos mutuamente en este camino. Cada vez que nos reunimos, lo hacemos para continuar el camino, para cultivar el gusto del camino, como decíamos antes, porque sin camino, es decir, sin una educación, el método que nos ha entregado don Giussani no llega a ser experiencia personal estable, es decir, no llega a ser mío. La realidad está ahí, ante nosotros, pero la sentimos extraña, como algo que no es nuestro; y entonces prevalece la amargura, prevalece la desilusión. La realidad parece no provocar ya esa ilógica alegría, y por ello nos preguntamos si no habrá que resignarse a la opacidad.

Pero lo bonito es que algunos empiezan ya a hacer experiencia de la belleza del camino. Dice Maria Chiara: «Este verano he descubierto la belleza del camino. Durante años siempre he querido mejorar mis capacidades: ser más estudiosa, más constante, estar más atenta y más presente en las amistades y en las relaciones. Siempre he pensado que, para encontrar de nuevo lo que me ha impresionado en estos años y que me ha hecho sentirme feliz y libre, tenía que ser capaz de acogerlo [empezamos a darnos cuenta de que esto no es obvio, y de que tenemos que aprender a acoger lo que se nos da]. Y pedía ser capaz de todo, de conseguirlo. Pero después de algún tiempo, en que se alter-

nan buenos resultados y fracasos, ves que ni siquiera esto es suficiente. Tratas de apasionarte con el estudio, pero no es suficiente; tratas de vivir amistades verdaderas, y no es suficiente. Todo puede terminar, incluido el entusiasmo por la vida, y quieres novedades continuamente, huir, viajar, cambiar. Me pregunté: ¿cómo puedo permanecer en ese preciso momento en el que estoy?, y me respondieron: “¿Qué es lo que amas?”. En realidad no lo sabía, pero respondía: “Lo que he encontrado” [como una frase ya sabida]. Sabía que no podía reducirse a la compañía. Entonces, agotada porque ya no encontraba una “certeza” o un signo de que las cosas pudieran volver a suceder, acepté [una provocación, una sugerencia que alguien me ofrece. Responder a una provocación de la realidad, que puede ser esta u otra] ir al Meeting sin esperar nada, porque había fracasado en todos mis planes para el verano. En esa semana viví el Meeting de verdad. Entre el sacrificio del trabajo y la maravilla dentro de este sacrificio, vivía todo con gran libertad, es decir, pedía estar presente a pesar de lo que soy, es más, justamente por lo que soy. Y vi en otros algo grande e imprevisto que no podía comprender, al igual que no puedo prever mi destino. No he recibido un milagro, sino que he hecho un camino. No existían situaciones favorables o desfavorables, todas encerraban una posibilidad. Este año tengo que afrontar la Selectividad y el examen para entrar en Medicina. Este último me interesa mucho, pero ahora no puedo pedir únicamente poder pasarlo, ya no me basta, quiero que todo esto suponga un camino [empezamos a ver que ya no basta solo nuestro éxito]. Para afrontar el curso he pedido a los de mi escuela quedar a rezar Laudes juntos antes de empezar las clases. Rezaba por la mañana durante el Meeting, y eran realmente una posibilidad para estar atenta durante el día [empezamos a darnos cuenta de que ciertos gestos nos educan en la atención, empiezan a educarnos en este camino, podemos ver lo que antes no veíamos y empezar a vencer la desilusión y la amargura de ver las cosas como las veíamos antes. Lo que antes era solo una costumbre o quizá un formalismo, ahora empezamos a descubrir todo su alcance educativo. Empezamos a rezar para “estar atentos durante el día”]. Espero que sea así también para las personas con las que comparto este gesto». Empieza a crecer la conciencia de una amistad: que sea así para todos, que no sea un gesto formal. «Esperaos

un camino, no un milagro» (L. Giussani, “Encuentro nacional de estudiantes de primero de carrera”, Rímini, 28-30 septiembre 1982, Archivo CL), decía don Giussani. Este es el camino.

La strada (letra y música de C. Chieffo)

La cuestión del camino es la cuestión más decisiva de la vida. Todos sabemos a dónde queremos llegar, cuál es la plenitud que queremos vivir, cuál es la relación con la realidad que nos gustaría tener para que todo despierte en nosotros una ilógica alegría que venza la amargura y la desilusión. Pero si no encontramos el camino, todo se queda en un bonito deseo que tarde o temprano decae. Lo había intuido muy bien Kafka cuando decía: «Existe un punto de llegada, pero ningún camino» (F. Kafka, *Gli otto quaderni in ottavo*, en *Confessioni e diari*, Mondadori, Milano 1972, p. 716). Este es el desafío que tenemos ante nosotros. Hoy en día muchas personas, muchos compañeros nuestros, dicen: «Existe la meta, pero no conocemos el camino». Si no identificamos bien el camino, no podremos alcanzar esa meta que todos deseamos conquistar. Por eso la cuestión del camino se convierte en “la” cuestión. Aquí adquiere todo su alcance el mensaje del papa Francisco al Meeting de Rímini: «El Señor no nos ha abandonado a nuestra suerte [a la opacidad de lo cotidiano, a la rutina de nuestra supervivencia cotidiana], no se ha olvidado de nosotros [y por eso ha empezado un camino]. En tiempos antiguos eligió a un hombre, Abrahán, y lo puso en camino hacia la tierra que le había prometido. Y en la plenitud de los tiempos eligió a una joven, la Virgen María, para hacerse carne y venir a habitar entre nosotros» (Francisco, *Mensaje al Meeting por la amistad entre los pueblos*, 24-30 agosto 2014).

Entonces, amigos, la cuestión, como nos recuerda siempre don Giussani, no es un problema de inteligencia, de quién es más sabio o más astuto, porque con toda tu sabiduría o tu astucia también puedes perderte. Es un problema de atención, para poder descubrir a alguien que nos lleve a donde queremos ir pero no sabemos cómo llegar, a donde queremos llegar sin conseguir alcanzarlo solos. Por eso debe-

mos pedir siempre tener esa atención de la que hablaba Maria Chiara, porque en la vida todo se juega a este nivel. Uno puede ir a la escuela, como cuenta Andrea, y después de «unas primeras semanas satisfactorias, en un momento dado, nada parecía bastarme, y me hice algún que otro proyecto pensando que así podía alcanzar la felicidad que buscaba, pero mis planes no fueron como yo pensaba [justamente ahí, en la escuela, sucede algo]. Leímos el *Canto de un pastor errante de Asia* de Leopardi, y enseguida surgió con fuerza la pregunta de esta Jornada de Apertura: pero tú, ¿qué buscas? Me descubrí a mí mismo en busca de ese deseo de felicidad que me hace vivir y me empuja siempre a lo bello, a lo verdadero, a asombrarme ante un cuadro o escuchando una canción que llena la vida de plenitud». En un momento dado, uno que se está ahogando en su propia nada se encuentra delante a alguien que –al leer, en este caso, un canto de Leopardi– despierta todo su “yo”. Siempre ha sucedido así, y siempre sucederá así. El encuentro con esa Presencia que me hace ser, por usar las palabras de don Giussani, «vuelve a suscitar la personalidad, permite percibir o volver a percibir, hace descubrir el sentido de la propia dignidad, de la dignidad de la propia personalidad. Y como la personalidad humana está compuesta de inteligencia y de afecto o libertad, en ese encuentro la inteligencia se despierta a una curiosidad nueva, a una voluntad de verdad nueva, a un deseo de sinceridad nueva, a un deseo de conocer cómo es la realidad verdaderamente, y el “yo” empieza a arder de afecto por lo que existe, por la vida, por sí mismo, por los demás, un afecto que antes no tenía. Por eso se puede decir que nace la personalidad» (*In cammino, 1992-1998*, op. cit., pp. 184-185). Cuando Tú estás, yo puedo ser yo.

SEGUIR LO QUE EMPIEZO A TOCAR CON MIS MANOS

Entonces, cuando sucede algo así, empieza el drama de la vida, porque tengo que decidir: o sigo lo que empiezo a sorprender en mí, lo que despierta mi “yo”, lo que lo llena de curiosidad, lo que le hace arder de afecto hacia todo lo que tiene delante, o me quedo solo a remojo con mis pensamientos. Este es el drama que tiene que afrontar cada uno de nosotros. Porque una vez identificado alguien en

quien puedo ver realizado, cumplido lo que yo deseo, entonces ya he encontrado una respuesta a la cuestión del camino: existe el camino, porque lo veo ante mí, encarnado en ciertas personas que afrontan la realidad de una determinada manera, en las que no vence la rutina de lo cotidiano y en las que la relación con cualquier circunstancia se vuelve fascinante. Y entonces el desafío es este: yo quiero seguir lo que empiezo a tocar con mis manos, y no lo que imagino o sueño al decir: «¡Ojalá fuese verdad!». No. Es verdad, lo veo delante de mí, en algunas personas. Aquí comienza el drama: ¿sigo lo que he visto, lo que he intuido, lo que toco con mis manos, o continuo quejándome de lo feo que es la realidad, la vida? Es el problema de seguir lo que he intuido que corresponde a mi corazón.

Entonces, ¿qué significa seguir? Seguir, dice don Giussani, «es el deseo de revivir la *esperienza* de la persona que te ha provocado» (*Il rischio educativo: come creazione di personalità e di storia*. SEI, Torino 1995, p. 64), para que lo que tú ves en ella o en él pueda poco a poco llegar a ser tuyo, y entonces tu vida empieza a ser distinta. «Ha pasado más de un mes desde que volví de las vacaciones de GS e inesperadamente la cotidianidad ha hecho más vivo el asombro y la gratitud por lo que ha sucedido. En estos días vuelvo continuamente a la gracia que estalló, sí, a la mañana en que descubrimos la lluvia. ¿Cómo? Sí, la lluvia. El verdadero descubrimiento no fue la lluvia, ni el sol que hizo dos de los cuatro días, sino la provocación que con ese motivo nos hizo don Gigi, que guiaba las vacaciones y que, a partir del salmo de Laudes, nos lanzó una pregunta: no “¿qué hacemos?”, sino “¿qué busco? ¿Qué es lo que necesito? ¿Es Tu fuerza lo que me sostiene o es el sol?”. Y a partir de ese lunes, delante de una persona así, experimenté que el desafío era que yo me diese cuenta de lo que sucedía ante mí, de mí mismo y de la realidad [“que yo me diese cuenta”. La realidad existe, pero yo puedo estar adormilado, puedo estar distraído. La verdadera novedad no es que exista la realidad, sino que yo me dé cuenta de ella]. Para mí está todavía vivísima la conciencia de que vivir así es absolutamente conveniente, y en lugar de empecinarme esperando que cambien las cosas, he empezado a leer de forma distinta, a mirar de manera distinta la circunstancia [que a veces puede cambiar también], a ir al fondo, a juzgarla. Se esperan algunos problemas en el

curso que empieza, algunos serios, pero no tengo miedo ni me preocupo de empezar a resolver los problemas. El método de las vacaciones se está convirtiendo en el método de lo cotidiano». Esta es la cuestión: que lo que vivimos cuando estamos juntos, en unas vacaciones, que el asombro ante lo que sucede, se convierta poco a poco en el método para vivir lo cotidiano. ¿Y qué ha aprendido este chico a través de las personas que le han ayudado a mirar la realidad como ha descrito? Es lo que nos recordaba el Papa en el Mensaje al Meeting invitándonos a «no perder nunca el contacto con la realidad, es más, a ser amantes de la realidad», y ya que en la cultura dominante se pone muchas veces en primer plano la apariencia, el verdadero desafío es amar la realidad. «Don Giussani lo dejó en herencia como programa de vida cuando afirmaba: “La única condición para ser siempre y verdaderamente religiosos [es decir, hombres], es vivir intensamente lo real. La fórmula del itinerario que conduce hacia el significado de la realidad es vivir lo real sin cerrazón, es decir, sin renegar de nada ni olvidar nada. Pues, en efecto, no es humano, o sea, no es razonable, considerar la experiencia limitándose a su superficie, a la cresta de la ola, sin descender a lo profundo de su movimiento”» (Francisco, *Mensaje al Meeting por la amistad entre los pueblos*. 24-30 agosto 2014). Con este programa el Papa nos vuelve a ofrecer “ahora” el «programa de vida» –como lo llama él– de don Giussani. Y el programa no es la repetición de las definiciones justas, sino la indicación de un camino para que pueda suceder, ante la lluvia o ante cualquier otra circunstancia, el mismo asombro, porque para ser hombres, nos dice don Giussani, se necesita «vivir intensamente lo real» (*El sentido religioso*, op. cit, p. 156).

EL VALOR DE LAS CIRCUNSTANCIAS

¿Y de qué está hecha la realidad? La realidad está hecha de todas estas circunstancias: ir de vacaciones y que llueva, tener que afrontar una asignatura que no me gusta, no estar bien con los amigos. La cuestión es si en todas estas cosas nos quedamos solo en la apariencia o si, en cada una de estas situaciones, vamos al fondo de lo que el Señor quiere darnos a través de ellas. En vuestras cartas se ve que

para muchos de vosotros cada cosa se convierte en parte del camino, porque todo lo que se os da, todo lo que sucede en la realidad, es para descubrir cada vez más lo que nos ha sucedido en la vida. Sin embargo, muchas veces razonamos así: después de haber conocido a Cristo, todo está resuelto; al habernos encontrado con Él, ya lo tenemos todo, y por tanto hay que archivar la realidad. En cambio, Giussani nos dice que no, que no hay que archivar la realidad –siempre me impresiona esta respuesta suya–. ¿Y por qué no hay que archivarla? ¿Qué tiene que ver esta realidad, estas circunstancias que no hay que archivar, con la relación con Cristo? «No se puede “archivar” la realidad porque ya nos lo sepamos todo [por el simple hecho de habernos encontrado con Él] o lo tengamos todo. Es verdad que lo tenemos todo, pero solo comprendemos qué es este “todo” [...] en el encuentro con las circunstancias, las personas y los acontecimientos». Por eso no debemos «archivar nada, [...] ni censurar, olvidar o renegar de nada» (*L'io rinasce in un incontro. 1986-1987*. BUR, Milano, 2010, p. 55). Hace algunos días un universitario me hablaba de lo llena de actividades que estaba su semana (tenían que poner las mesas para atender a los de primero, organizar los pisos para los nuevos que llegaban, preparar los exámenes...), y me contaba cómo, después de hacer todo esto, se encontró el sábado con una tristeza infinita. Empezó a hacer llamadas a diestro y siniestro, hablando con sus amigos, pero no conseguía quitársela de encima. Entonces se puso a leer el texto de la Jornada de Apertura en la que había participado. Empezó a leer de nuevo lo que ya había leído, pero que no había comprendido, es decir, cuando Davide Prospero dice: «El inicio es un don, una predilección, del mismo modo que el inicio de la vida es un don inmerecido, es el signo más grande de la relación con quien ha querido que existamos» («Cuando Tú no estás, yo no soy», *Huellas*, n. 9/2014. p. II). Y esto le permitió comprender lo que había leído antes sin comprenderlo. Me ha impresionado mucho, porque en la experiencia que cada uno hace, sin tener que inventar grandes teorías, se empieza a ver por qué a veces el Misterio nos hace pasar a través de ciertas circunstancias. De hecho, si no hubiese experimentado esa tristeza, si no hubiese sentido vibrar su “yo” en busca de significado hasta ver surgir de nuevo en él la pregunta: «¿Qué buscas?»,

ese universitario no habría podido «interceptar» el valor de lo que había escuchado en la Jornada de Apertura, pero que no había comprendido. Habría podido hacer la Escuela de comunidad con sus comentarios sobre el texto sin haberlo comprendido, porque sin esa tristeza nunca habría captado el alcance de lo que se le había dado. Esto es lo que nos sucede muchas veces. Podremos comprender las cosas, comprender el don que supone la realidad, el don que es tener un amigo, que es encontrarse con alguien en el camino que nos introduce en la verdad, podremos comprender el alcance de lo que encontramos ante nosotros e interceptar entre los muchos rostros el rostro de aquel que nos da el Misterio para hacer el camino, únicamente si somos capaces de captar la diferencia de esa presencia como respuesta a nuestra pregunta (a la tristeza, en el caso del universitario). Es esencial, porque si no sucede este encuentro entre mi necesidad y algo que se encuentra fuera de mí, en la realidad, una presencia, un amigo o la persona amada, sin este encuentro yo no puedo darme cuenta de cuál es la respuesta a mi vida.

Muchas veces atravesamos circunstancias dramáticas. Por eso una amiga vuestra me pregunta: «¿Tengo que equivocarme siempre para poder crecer?» ¡No! Podemos educarnos para vivir la realidad, podemos seguir a alguien, como hemos visto. No es que tengamos que equivocarnos siempre necesariamente. Como dice uno de vosotros: «Al terminar las vacaciones de GS, muchos amigos míos estaban tristes porque se preguntaban cómo podrían revivir el resto del verano la alegría que habían experimentado durante esos días. Yo estaba tan feliz que en realidad ni siquiera me había planteado esa pregunta. Lo que dominaba mis pensamientos era esa Belleza que durante la última semana me había conquistado y que había pasado a través de distintos rostros, en particular del de una profesora mía. El mes y medio después de las vacaciones lo pasé casi en soledad total, en la playa, con mi madre, mi hermano de cuatro años y mis abuelos. Me habían quedado las matemáticas, y por ello los días estaban dedicados al estudio de esta asignatura. Había chicos “normales” [que había conocido allí] que pasaban el día en la playa intentando ligar con las chicas y convencerlas para que salieran con ellos por la noche. Las conversaciones que tenían entre ellos eran sucias, hablaban de cuántas chicas se habí-

an ligado. Este era el contexto en el que me encontré gran parte del verano. Sin embargo, yo me levantaba cada mañana y en mí se mantenía indeleble, imborrable la Belleza que había vivido en las vacaciones. Y no podía hacer como si ese encuentro no me hubiera sucedido. Una tarde que había salido con este grupo de amigos, hartos ya de sus conversaciones, me puse a hablar con uno de ellos sobre uno de los temas que les interesaban: el amor. Con preguntas le provocaba a no quedarse en un nivel superficial como siempre había hecho, le invitaba a ir más al fondo. Y entonces me habló de su novia, que le había dejado hacía dos semanas y este dolor le provocaba tanto que hablamos durante toda la tarde. Al final, antes de marcharse, me paró y me dijo: “Gracias. Antes de esta tarde nunca había pensado en las cosas que hemos hablado. Estoy contento”. Y más extraordinario aún es lo que sucedió la tarde después: este amigo y yo nos pusimos a hablar de nuevo, y esta vez nos oyó hablar una chica a la que había invitado otro amigo. Esta chica, llena de curiosidad por lo que estábamos hablando, se acercó y se puso a hablar con nosotros. Durante toda la tarde hablamos sobre qué es el amor. Y la chica, aunque apenas nos conocía, se puso a contarnos su vida, incluso las cosas más privadas. Al final de la tarde la chica nos dio las gracias, asombrada por el tiempo que habíamos pasado juntos, por la alegría que sentía y que hasta ese momento no había experimentado. He contado estos dos episodios porque me impresiona cómo he cambiado después de las vacaciones y cómo sigo cambiando. En mi vida ha sucedido algo que no puedo dejar de tener en consideración. Cada mañana me levanto con este inmenso deseo de volver a experimentar esa Belleza que me ha conquistado. Y este deseo está haciendo que me mueva, está haciendo que no me conforme con nada que sea menos que esta Belleza. Este deseo lo llevo conmigo en cada hora de clase, en la relación con los amigos, en casa. Me estoy dando cuenta de que vivo los días con un gusto que antes no podía ni imaginar [no solo en las vacaciones, sino también en lo cotidiano, ¡en la opacidad de lo cotidiano!]. Es como si ahora tuviese ojos nuevos y empezase a ver las cosas por lo que son de verdad [es un problema de conocimiento, no de ser “capaces”, porque si no conocemos bien la realidad, nos ahogamos. Es un problema de tener ojos nuevos para ver las cosas como

son de verdad]. Me levanto cada mañana pidiendo que este deseo no disminuya nunca, sino que crezca cada vez más, para que pueda seguir buscando esa Belleza que ha prometido esperarme todos los días».

EL HIJO PRÓDIGO

Pero cuando nos empeñamos y queremos tratar de hacerlo todo nosotros, el Misterio nos deja todo el tiempo necesario para que podamos descubrir lo que somos, incluso a través de nuestros errores. No es que Él nos empuje a equivocarnos; no, el hecho es que nosotros muchas veces estamos tan obtusos que no nos damos cuenta. Por eso la historia del hijo pródigo quedará para siempre como la imagen de quien, habiendo recibido todo (casa, bienes, padre), no puede resistirse a la fascinación de la autonomía, de hacer las cosas por su cuenta porque, al no haber comprendido lo que tiene entre manos, lo que ha recibido, todo le parece un obstáculo para su libertad, todo le resulta estrecho. Y todos podemos imaginar la agitación del padre ante la libertad de su hijo, que se empeña y no reconoce lo que es evidente. ¿Qué puede hacer? Como padre debe aceptar y debe dar a su hijo el tiempo necesario para comprender. ¡No es que le invite a equivocarse! El problema, amigos, es que nosotros, que somos tan testarudos, a veces solo nos encontramos a nosotros mismos cuando nos hundimos hasta el fondo, como el hijo pródigo: solo cuando se ve comiendo con los cerdos, dice el Evangelio, entra en sí mismo y empieza a comprender. Cuando parecía que todo estaba perdido, el hijo pródigo encuentra dentro de sí algo que no se había perdido: precisamente en el momento más oscuro y confuso sale a la luz su corazón, con todas las evidencias y exigencias que lo constituyen. Y todos sus errores no pue-

den borrar la memoria de su casa, de su padre y del tenor de vida de sus asalariados. Y esto le permite juzgar, hacer una comparación rapidísima entre la situación anterior y la actual: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia mientras yo aquí me muero de hambre!». Y de este modo puede recuperar –como también nosotros podemos recuperar–, desde dentro de su experiencia y también desde sus errores, lo que él creía ya saber. Se da cuenta de las dimensiones de su necesidad y del bien que es tener un padre. Él sabía que tenía un padre, pero no lo sabía verdaderamente; lo había recibido todo, pero, por desgracia, tuvo que redescubrirlo en el encuentro con su testarudez. No es que el padre le echara de casa o le empujara a equivocarse; no, es que estamos tan locos que pensamos que siempre hay otro lugar –imaginado por nosotros– en donde nos podemos encontrar mejor a nosotros mismos. Y finalmente el hijo pródigo comprende dónde está la libertad, descubre que la libertad es un vínculo, es una casa, un padre: y reconoce el bien que significa tener un padre que le abraza de nuevo y le acoge de nuevo como hijo. El padre, a su vez, está feliz al ver que su paciencia para con la libertad de su hijo le ha permitido recobrarlo como hijo, y está agradecido de tener un hijo contento de ser hijo, porque él no quiere siervos, sino hijos. Al mismo tiempo, el otro hijo siempre será para nosotros el ejemplo de que permanecer en casa de un modo formal no significa necesariamente haber comprendido qué significa ser hijo y tener un padre, porque uno puede quedarse en casa y no dejar de quejarse. ¿Cuál fue el descubrimiento del hijo pródigo? ¿Qué es lo más asombroso en él? Su lealtad. En un momento dado, se dio cuenta de que la imagen que se había hecho del cumplimiento no correspondía, y tuvo el valor de reconocerlo y de volver a casa, donde siempre hay un padre que nos espera. ■